

## LAS MEMORIAS DE ALFONSO REYES\*

### EL CONJUNTO DE LAS MEMORIAS

Desde que llegó a la mitad de su vida, en 1924, Alfonso Reyes sintió la necesidad de comenzar a acumular materiales para las que deberían ser sus memorias. Inició entonces su *Diario*, que él llamaba de trabajo, y que continuó con raras interrupciones hasta sus últimos días de vida<sup>1</sup>.

Además de este registro cotidiano de su vida y sus trabajos, Reyes persistió en la idea de relatar sistemáticamente sus memorias. Sin embargo, sus escritos de esta índole se dedicaron durante muchos años a temas especiales; a desahogarse del gran dolor que le causó la muerte de su padre (*Oración del 9 de febrero*), a analizar su propio temperamento, enfermedades y achaques (*Memoria a la Facultad*), a referir incidentes picarescos (*Tres cartas y dos sonetos*), a narrar una hazaña deportiva automovilística (*Berkeleyana*) y a contar las experiencias que tuvo con sus padecimientos cardíacos y las reflexiones que le provocaron (*Cuando creí morir*). Y sólo en sus últimos años inició por dos cabos el relato ordenado de sus recuerdos. En el primero, comenzó a relatar la historia de

\* En este texto se comentan algunas de las páginas de Reyes que todavía no se reúnen en volumen, y que pronto serán editadas por el Fondo de Cultura Económica, de México, como parte de sus *Obras completas*.

<sup>1</sup> El *Diario*, 1924-1959, de Alfonso Reyes, es una obra muy extensa, ya que se encuentra manuscrita en 15 cuadernos de 100 a 150 pp. cada uno. En el libro llamado *Diario, 1911-1930*, con prólogo de Alicia Reyes y nota del doctor Alfonso Reyes Mota (Universidad de Guanajuato, México, 1969), se han reunido dos textos sueltos, "Días aciagos" y "1912-1914" —que se reproducen en el volumen 24 de las *Obras completas*— y pasajes del *Diario* de 1924 a 1930. Se encuentra, pues, inédito en su mayor parte. Cuando se concluya su transcripción, ya iniciada, y sea posible considerarlo en conjunto se decidirá su edición.

sus libros, en la trama de su evolución intelectual, de su vida literaria en México y en Madrid y de sus peripecias personales, en que sólo llegó hasta 1925 (*Historia documental de mis libros*); y en el último, el relato general de su vida, de la que sólo alcanzó a contarnos los orígenes de su familia y las proezas de su abuelo paterno y de su padre (*Parentalia*), y la vida en Monterrey, cuando Alfonso Reyes era niño y el general Bernardo Reyes, jefe militar y luego gobernador del estado (*Albores*).

Los escritos de memorias que tenemos de Alfonso Reyes son, pues, aspectos y fragmentos de su vida, pero, como suyos, tienen vivacidad y encanto. Reyes sabía ver el mundo exterior, apresar paisajes, ambientes y situaciones; recrear personajes que vuelven a ser vivientes gracias a dos o tres rasgos maestros, y sobre todo, comunicarnos el fervor que sintió por su padre, con un ardor que enciende y no ciega a su pluma. Y al mismo tiempo, Reyes tuvo siempre la obsesión de estudiarse a sí mismo, como Montaigne, no para alabarse sino porque este examen honesto y desapasionado resulta ser el campo más propicio para intentar el conocimiento del hombre y de sus pasiones.

La vida de Alfonso Reyes fue una hazaña de la voluntad y la imaginación, y estas memorias fragmentarias tuyas nos permiten seguir su camino.

#### ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO: 1930

La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes. En *Parentalia* hará la crónica y exaltará los hechos guerreros del soldado, y en *Albores* fijará las imágenes de la infancia del futuro escritor, a la sombra famosa y providente del padre gobernante. Muchas otras presencias del padre aparecerán en los escritos de Reyes, entre ellas este conmovedor soneto:

† 9 de febrero de 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,  
desde qué pliegue de la luz nos miras?  
¿Adónde estás, varón de siete llagas,  
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:  
humean los cadáveres en pila.

Los estribos y riendas olvidabas  
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,  
huésped mi soledad, gusto mi llanto.  
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,  
y me hago adelantar como a empujones,  
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.

El dolor alcanzará una transfiguración memorable en la *Ifigenia cruel*, de 1924<sup>2</sup>.

La *Oración del 9 de febrero*, compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo:

Discurrí —escribe— que estaba ausente mi Padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir respuestas. A consultarle todo.

Y más adelante, en una de esas inútiles rebeldías que solemos tener contra las que consideramos injusticias del destino, dice:

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro

<sup>2</sup> Borges le dedicó este pasaje de su "In memoriam A. R.": "Si la memoria le clavó su flecha/Alguna vez, labró con el violento/Metal del arma el numeroso y lento/Alejandrino o la afligida endecha".

porque presiento al considerar la historia de mi Padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer. . .

En las páginas finales de la *Oración*, sin entrar en detalles, Reyes narra la “maraña de fatalidades” en que se vio envuelto el general Bernardo Reyes, los largos meses de prisión en Tlatelolco y su desmoronamiento interior hasta el momento del último llamado insensato “a la aventura, único sitio del Poeta”. Y concluye:

Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Después de la *Oración del 9 de febrero* se recogen dos breves apuntes autobiográficos: “Días aciagos”, que refieren la tensión familiar en los días previos a la tragedia, y “1912-1914” que narran lo que hizo Reyes posteriormente, su salida de México, su viaje a París, y con un salto de algo más de un año, sus primeras experiencias en Madrid, que volverá a narrar en la *Historia documental de mis libros*.

#### *MEMORIA A LA FACULTAD: 1931*

Se llama *Memoria a la Facultad* el curioso texto escrito en Río, en 1931, y que Reyes no incluyó en sus colecciones, porque es un informe acerca de la índole biológica y psíquica del autor y acerca de los traumatismos, operaciones y enfermedades que ha padecido, y está destinado a informar de ellos a su “médico ideal”. Escribir de tan peregrina materia un ensayo interesante es privilegio del estilo de Alfonso Reyes, de la llaneza y simpatía y de la penetración psicológica con que están referidas sus materias. Al describir su temperamento, Reyes explica también su “metabolismo literario”:

Se figuran mis amigos —dice— que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto, soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento. Abro los ojos por la mañana; lo primero que hago es contar mis sueños de la noche anterior; después, si me “gruñen las tripas”, explico cómo y por qué me gruñen hoy de distinto modo que ayer. Y así, lo mismo que doy cuenta de mis lecturas y reflexiones diarias a cuantos me rodean, les doy cuenta también de las cosas de mi cuerpo y de mis reacciones más íntimas . . . Y me pasa lo que a los griegos: que desconfío de los que no lo cuentan todo, de los callados, de los solemnes.

Con humor y precisión, refiere sus descalabraduras de muchacho, la operación para extirparle las adenoides, la circuncisión —a manos del doctor Aureliano Urrutia—, un ataque de peritonitis y otro de tifoidea, una enfermedad venérea y sus recaídas, contadas con la misma naturalidad, y hasta una sarna. El relato se interrumpió aquí y quedaron en el tintero los males crónicos, “mucho más importantes”. Una “indiscreción heroica”, ciertamente, y una curiosidad literaria.

*TRES CARTAS Y DOS SONETOS: 1932, 1933 Y 1951*

En uno de los cuadernos de su *Archivo*<sup>3</sup>, Reyes reunió bajo este nombre cartas que escribió en 1932 y 1933 a amigos a los que llama “Filomeno” y “Fabio”, contándoles rarezas literarias y aventuras galantes, y los sonetos que cruzó con Enrique González Martínez en 1951. Se incluyen entre las memorias ya que cuentan episodios de la vida de Reyes.

El “Filomeno” al que dirige la primera carta, de Río, el 30 de junio de 1932, es, por el contexto, un cubano al cual no logro identificar. A este corresponsal, desconocido o imaginario, le cuenta Reyes, con pormenores de bien enterado, en qué consisten las faenas taurinas, para luego aplicar su técnica a las faenas amorosas, tan entendido en los recursos de que conviene echar mano como erudito en las referencias cultas con que las ilustra.

Las dos cartas a “Fabio”, del 26 y 30 de junio de 1933, están dirigidas sin duda a Julio Torri, su viejo amigo de los días ateneístas, pues repite al principio de la primera la anécdota divul-

<sup>3</sup> Serie B, Astillas, núm. 2, México, 1954.

gada en otros textos de cómo conoció Reyes a Torri en la Escuela de Derecho. (Este par de cartas deben ser incorporadas por Serge I. Zaitzeff al epistolario de Reyes y Torri que ha reunido<sup>4</sup>).

Volviendo a la primera de estas cartas, está dedicada a contar con mucha sal muestras de la manía iberoamericana por los libros de J. M. Vargas Vila, aquel extraño fenómeno de semiliteratura erótica, que ha disfrutado enorme éxito popular. Reyes le cuenta la afición de los cariocas por estos libros: de un revolucionario, de dos “frutitas de la tierra” y de un ministro, lectores fervientes del colombiano. Y le dice también que supo que Vargas Vila “se carteaba con algún prohombre de México”, el cual parece haber sido Álvaro Obregón. Alguna vez oí decir que, cuando José Vasconcelos hacía los “clásicos verdes”, el presidente Obregón le había pedido que incluyera entre ellos a Vargas Vila, y que se le hizo una edición especial, de un solo ejemplar a él destinado. Nada comprueba la leyenda. Para sazonar estas referencias al entusiasmo popular por Vargas Vila, repetiré la historia que me contó Germán Arciniegas. Lo invitaron a visitar un penal colombiano y preguntó a un preso: “Y tú, ¿por qué estás aquí?” “Verá usted, doctor —le contestó—. Un día pregunté a un amigo mío quién era el mayor escritor del mundo: pues Víctor Hugo, me contestó, y yo tuve que hundirle mi cuchillo en la panza porque no iba a dejar que ofendiera a Vargas Vila, que es el mayor escritor del mundo”.

Sobre la personalidad de Vargas Vila hay un buen estudio de J. G. Cobo Borda<sup>5</sup>, pero me parece que sigue faltando un examen del fenómeno de su popularidad en los países americanos.

Algo tenía Vargas Vila. ¿Cómo olvidar aquellas frases suyas que Borges consideró como “la injuria más espléndida que conozco”? “Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia”. Y añadió Borges que la injuria es tanto más singular “si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura”<sup>6</sup>.

En la otra carta de Reyes a “Fabio”-Torri, le cuenta con delectación su encuentro con Jacy, “la corza mestiza”, de padre mexicano y madre negra brasileña. La descripción de la belleza de

<sup>4</sup> En JULIO TORRI, *Diálogo de los libros*, FCE, México, 1980.

<sup>5</sup> “¿Es posible leer a Vargas Vila?”, en *La alegría de leer*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976.

<sup>6</sup> J. L. BORGES, “Arte de injuriar” [1933], en *Historia de la eternidad*, Emecé, Buenos Aires, 1953.

la muchacha es tan persuasiva como el comentario del embajador Reyes:

Porque yo he venido aquí a armonizar dos pueblos, dos razas. Y ahora resulta que un humilde indio de Veracruz, el padre de Jacy, lo había logrado antes que yo, ¡y de qué manera, Fabio mío!

Concluye este cuaderno con los sonetos que se cruzaron, a la buena usanza de antaño, Alfonso Reyes y Enrique González Martínez, para contarle aquél la confusión que causó en una señora por usar una fórmula de cortesía en desuso, y contestarle éste que "le ganó Freud", como suele decir Alí Chumacero. Buen pretexto para dos ingeniosos sonetos.

*BERKELEYANA*: 1952

En otro cuaderno de su *Archivo*<sup>7</sup>, que llamó *Berkeleyana* y redactó en 1952, Reyes dejó otra curiosidad: el relato minucioso del viaje que, en la primavera de 1941, hizo su autor acompañado de su hijo y un chofer, en un Buick Sedán, modelo 1939, desde la ciudad de México, para recibir el doctorado que le otorgó la Universidad de California, en Berkeley. Probablemente con el fin de pasar por su tierra natal, eligieron la carretera que, muy al oriente, va de la ciudad de México a Nuevo Laredo, pasando por Monterrey. Desde allí cruzaron, en el país vecino, los estados de Texas, Nuevo México y Arizona, hasta llegar a California, subir a Los Ángeles y a la vecina Universidad de Berkeley. En el transcurso del viaje don Alfonso cumplió sus 52 años y aún no había sufrido sus avisos cardiacos. Aunque ahora realizan hazañas casi semejantes los autobuses que van a los Estados Unidos de América, en etapas más cortas, la que narra Reyes lo fue por haber recorrido un promedio de 1000 kilómetros diarios, turnándose en el volante el chofer Germán y el hijo Alfonso, durante cuatro días y noches, en el viaje de ida y otros tantos en el de regreso. Recorrer 500 o 600 kilómetros diarios es soportable, pero hacer el doble durante cuatro días es una hazaña deportiva, teniendo en cuenta las averías que tuvieron y el cruce de largas zonas desérticas. Si existían ya vuelos a Los Angeles, don Alfonso debió decidir el viaje por carretera con cierto espíritu deportivo y para ahorrarse gastos.

Tras de las impresiones y peripecias del camino, la estancia

<sup>7</sup> Serie A, Reliquias, núm. 1, México, 1953.

en la Universidad de Berkeley fue ocasión para trabar amistad con las autoridades universitarias y reencontrar a maestros distinguidos: el hispanista Sylvanus Griswold Morley, el historiador Herbert I. Priestley y el antiguo historiador de la literatura hispanoamericana, Alfred Coester. Reyes asistió al examen doctoral de Philip Wayne Powell, quien desde entonces se interesaba en la guerra chichimeca y, por invitación del historiador P. A. Martin, hizo una exposición a los alumnos del seminario de éste acerca de la intervención francesa en México.

Esta historia de viaje, registro escueto de hechos, sin adornos ni divagaciones ni asociaciones, muestra el animoso espíritu de Reyes que también se atrevía con las hazañas deportivas.

#### CUANDO CREÍ MORIR: 1947, 1953 Y 1947

*Cuando creí morir* está formado por tres secciones —que llevan como subtítulos *Andantino*, *Maestoso* y *Rubato*, como los movimientos de una sonata— de temple y contenido diverso. Reyes lo guardó inédito, y poco después de su muerte, como homenaje a su autor, se publicó la segunda parte en *México en la cultura*<sup>8</sup>. La primera y la tercera partes, escritas ambas en 1947, son dos graves meditaciones. La primera, “Los cuatro avisos”, es una reflexión moral en la que, después de haber sufrido los primeros avisos de su dolencia cardíaca, se propone decantar los principios que considera que han regido su vida, y encuentra que son el cinismo, como verdad y realidad, y el estoicismo, como dignidad; y añade, “sin olvidar la cortesía como brújula de andar entre los hombres”.

La tercera parte, “Una enseñanza”, es otra reflexión dedicada al dilema del hombre de estudio que acepta un cargo político y, en nuestro medio, sufre un duro tropiezo contra “las fuerzas oscuras”. Reyes analiza con sagacidad el problema y encuentra que el hombre puro al que considera “quiso vender al Diablo tan sólo la mitad de su alma, transacción imposible”, mientras que “las Eminencias Grises [...] despliegan la acción y están a encubierto de las reacciones: ellas pueden mantener la proporción de crueldad indispensable para hacer el bien a los hombres; ellas disfrutan de irresponsabilidad”. En suma, que el ejercicio y el triunfo en asuntos públicos implican la aceptación del mal y la crueldad. La meditación de Reyes —cuyo sujeto se transparenta— es sa-

<sup>8</sup> Supl. cultural de *Novedades*, México, 3 de enero de 1960.

bia, aunque tiene una relación muy débil con el tema general del escrito de que forma parte.

El relato sustancial de *Cuando creí morir* se encuentra en la segunda sección que repite el título general, y fue escrita años después de las reflexiones que la anteceden y siguen, en enero de 1953. Ésta es, propiamente, una crónica de su enfermedad: infarto o trombosis coronaria; de los cuatro avisos o ataques que sufrió, el 4 de marzo de 1944, en febrero y en junio de 1947, y el 3 de agosto de 1951. Con su gusto por la precisión, don Alfonso relata los síntomas y las consecuencias de cada uno, y en el último, en que debió ser internado en el Instituto Nacional de Cardiología, y puesto que lo sorprendió trabajando en el *Polifemo* de Góngora, refiere las “deliciosas visiones gongorinas” que tuvo durante su duermevela, en que “todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo”. En la graciosa fantasía que escribió sobre estos días, cuenta que se vio transportado al cielo y que, antes que San Pedro lo anotara en su registro de entrada, un arcángel le dijo: “Creo que este pobre señor tenía una obra a medio escribir”, lo que determinó que San Pedro le prorrogara su permiso “de turismo en la tierra”. Por ello, dice Reyes, “yo siempre tengo un libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente”.

Recojo de este singular documento que es *Cuando creí morir* una observación que, antes o después de que la escribiera, escuché de labios de don Alfonso y que entonces me llenó de confusión: “Comprendí que nuestro mayor y auténtico placer físico no está en el amor, sino en la respiración”.

Aunque tuvo que ser más cuidadoso para evitar fatigas físicas, el hecho es que su actividad intelectual, después de su salida del hospital, fue enorme, como lo registra en estas páginas. Cuenta Reyes que una de sus alegrías, aún convaleciente, fue la de recibir el precioso homenaje que Fernando Benítez y Miguel Prieto le organizaron, en el número 140 de *México en la Cultura*<sup>9</sup>, totalmente dedicado a Alfonso Reyes, con textos y fotos suyas, dibujos de Elvira Gascón y estudios de varios escritores. Una joya por su diseño tipográfico y por el gusto y calidad de sus textos.

A pesar de que durante sus últimos meses don Alfonso padeció por su enfermedad y requería el oxígeno —que cuando se le hizo la grabación de sus discos para inaugurar la serie de Voz Viva, de la UNAM, tenía que inhalar tras de cada párrafo—, so-

<sup>9</sup> *Novedades*, México, 7 de octubre de 1951.

brevivió quince años al primer ataque de 1944, y ocho al último y más grave de 1951. Nunca fue un enfermo ni atemorizado ni aprensivo, y sus últimos años fueron de los más fructíferos de su carrera intelectual.

#### *HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS: 1955-1959*

Desde 1926, cuando Alfonso Reyes se encontraba aproximadamente a la mitad de su vida y a la tercera parte de su obra, aunque ésta era ya considerable y compleja, escribió la "Carta a dos amigos", Enrique Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en México<sup>10</sup>, confiándoles el cuidado de su obra —de don Alfonso— y dándoles indicaciones respecto a la organización y grado de atención que deberían recibir sus papeles. Ambos albaceas literarios morirían, Estrada en 1937 y Díez-Canedo en 1944. Sintiendo ya cercanas sus propias postrimerías, Reyes inició en 1955 la publicación sistemática de sus escritos en sus *Obras completas*, y el mismo año dio principio a la *Historia documental de mis libros*; era otra manera de relatar su vida, que estuvo siempre hecha de libros y consagrada a ellos.

Su existencia no le bastó para terminar esta nueva tarea. En el número de enero-febrero de 1955, de la revista *Universidad de México*, que dirigía Jaime García Terrés, comenzó a publicar, muy bien ilustrada con fotos de los personajes y acontecimientos, la *Historia documental*. Continuó la publicación durante 1955, 1956 y hasta septiembre de 1957 en la misma revista; en septiembre de 1959, la serie se reanudó en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, y se interrumpió en diciembre de este último año por la muerte de don Alfonso. Además, poco después de publicado el primer capítulo, Reyes dio a la revista *Armas y Letras* (abril de 1955), de la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, su tierra natal, una nueva versión ampliada de dicho capítulo de sus memorias literarias, que sustituye al de *Universidad de México*. En resumen, don Alfonso publicó 18 inserciones, con 13 capítulos en *Universidad de México*: 4 capítulos en *La Gaceta*, del 14 al 17, final, más la versión ampliada del capítulo primero. Todo un libro de gran interés.

A pesar de su extensión, los 17 capítulos de la *Historia docu-*

<sup>10</sup> En *Reloj de sol*, Madrid, 1926; publicada también en *AROC*, t. 4, pp. 475-482.

*mental de mis libros* sólo cubren desde los inicios literarios de su autor y el primer libro de su mocedad, revelador de su talento, *Cuestiones estéticas*, de 1911, hasta el año de 1925. Es decir, los años ateneístas de México y la fecunda década madrileña, de 1914 a 1924. Falta, pues, al menos, otro tanto: la etapa sudamericana y la gran cosecha de sus últimos veinte años en México.

Lo que tenemos de la *Historia documental* es espléndido, salvo algunas enumeraciones monótonas. Reyes se ve a sí mismo y a sus obras a la vez desde dentro, con amor, y con cierta perspectiva, como si se tratara de hechos externos. Se da, pues, importancia o, como si fuera un investigador que estudia una obra ajena, le da importancia a cada minucia de la elaboración de sus libros, a sus fechas, a los estímulos de la composición, a los pormenores de la edición y a los comentarios que recibieron.

Y, además, nos cuenta la vida que alimentaba sus escritos. En los primeros años madrileños, después de que sale de París en guerra, con mujer e hijo y desposeído de su modesto puesto diplomático, de 1914 a 1919, aprende a ganarse la vida con la pluma, “como el abuelo Ruiz de Alarcón”. Francisco A. de Icaza, que conocía bien aquel ambiente, no disimuló su inquietud: “Posible es —le dijo— que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes”. Pero lo logró, haciendo al principio trabajos venales, como traducciones a destajo y una monografía sobre el azúcar, periodismo literario en diarios y revistas, y empeñando sus pequeñas joyas para salir de apuros. Y lo que es más notable, escribiendo, en estos años duros, algunas de sus más hermosas obras de creación, *Visión de Anáhuac*, *El suicida* y *Cartones de Madrid*, todas de 1917; y lo que es heroico, consagrándose, entre fríos y hambres, a las investigaciones históricas y filológicas, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, pues de estos años son sus trabajos sobre Fray Servando, Quevedo, el Arcipreste de Hita, Ruiz de Alarcón, Gracián, el *Poema del Cid* y Lope de Vega; su colaboración con Raymond Foulché-Delbosc en la preparación de las obras de Góngora, y sus investigaciones eruditas como las dedicadas a un tema de *La vida es sueño*, de Calderón, y a Mateo Rosas de Oquendo. Las penalidades con que se realiza una obra no cuentan para su valoración; aun así, sorprenden el espíritu alerta y la alegría creadora en las obras del Reyes de estos años. A partir de sus libros madrileños queda forjado su prestigio literario; el mito Alfonso Reyes había sido creado.

Todo esto, los trabajos y sus circunstancias, los viejos y los

nuevos amigos, en unos años luminosos de las letras españolas, con las grandes figuras de la generación del 98 en su madurez y los nuevos escritores que empiezan a surgir; las excursiones en busca de la historia y la leyenda; las celebraciones literarias, como la de los cinco minutos en honor de Mallarmé que promueve Reyes, el ambiente áspero y cordial de la vida madrileña; el esfuerzo con que va abriéndose camino y las penalidades que va superando; el trabajar al mismo tiempo en tantos frentes y el aprender haciendo; el encontrar reposo para el poema y la prosa artística; el ir conquistando un lugar en una sociedad literaria que lo desconocía, y el proceso de elaboración de sus obras, está contado en la *Historia documental*. Quedan aquí un cúmulo de datos para el curioso de la vida española en la década 1914-1924 y una historia humana e intelectual admirable.

Entre tantos pasajes interesantes de esta obra quiero destacar, como a contrapelo, la historia de una frustración literaria. Al referir los estímulos de que nacieron sus obras, cuenta Reyes (cap. 9) lo que le ocurrió con uno de los poemas de *Huellas*, el llamado "Caricia ajena", que dice:

Exhalación clara que anhelas  
—a no perturbar un temblor—  
por iluminar si desvelas,  
por dormir si enciendes amor.

Desde el hombro donde reposas,  
caricia ajena, ¿cómo puedes  
regar todavía mercedes  
en complacencias azarasas?

Tu fidelidad sobrenada  
en vaga espuma de rubor,  
y te vuelves, toda entregada,  
y regalas, desperdiciada,  
los ojos cargados de amor<sup>11</sup>.

Y ahora, el comentario y la historia que cuenta Reyes:

"Caricia ajena" [...] es un poema cuya realización no pudo alcanzar a la intención, a causa de cierta oscuridad que lo desvirtúa. Yo le conté a Enrique Díez-Canedo que el estímulo u ocasión de

<sup>11</sup> *AROC*, t. 10, p. 86.

este poema fue el haber visto, en la plataforma de un tranvía madrileño, a una mujer que acariciaba a su enamorado, y llena de ardor, volvía después el rostro hacia los demás pasajeros, sin darse cuenta de que a todos parecía envolvernos en la emoción amorosa que todavía traía en los ojos; de modo que todos recibíamos la salpicadura de la "caricia ajena".

A quien tantas veces acertó a captar las experiencias más sutiles, esta vez los versos se le rehuyeron, porque la poesía había quedado en el relato de los hechos.

#### *PARENTALIA: 1949-1957*

En las primeras páginas de este libro con el que Reyes inició sus memorias, al referirse a las mezclas de sangres que confluyen en su persona, exclama: "¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres!" Y explica en seguida que:

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los impulsos contradictorios, me pareció hallarlo en la palabra.

Y concluye el elogio de la salvación y justificación que es la palabra para el hombre, con una confesión y un deseo:

¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, Aquí yace —digan en mi tumba— un hijo menor de la *Palabra*.

Más adelante, al hablar de la herencia universal de sus sangres y del "arraigo en movimiento" que le tocaría, dice:

El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago en el mundo.

Borges confirmará esta rara condición universal de don Alfonso en el precioso "In memoriam A. R." que escribió a la muerte de su amigo:

Supo bien aquel arte que ninguno  
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,  
Que es pasar de un país a otros países  
Y estar íntegramente en cada uno.

En los retratos que traza de su parentela, es sorprendente el arte de Reyes para transformar una simple alusión —por ejemplo, un cierto abuelo de su abuela Josefina Sapién, que solía venir de Manila cargado de maravillas orientales— en un lindo cuento, que le permite explicar de alguna manera ciertos rasgos de su cara e inclinaciones de su carácter. Su destreza literaria lo hace convertir en figuras legendarias, en mitos, a los personajes que describe. Sin necesidad de magnificarlos ni de acentuar sus rasgos, y conservándoles su propia condición, los va conformando con un dibujo literario cuyo arte es invisible y cuyos resultados son el encanto de la lectura de estas páginas.

Y de cuando en cuando, la sal de los recuerdos y asociaciones oportunas: el libro de los hermanos Tharaud sobre Persia e Irán, en que se buscan huellas de un tío de Rousseau, le sirve para explicarse el gusto del filósofo por "vestirse a la armonía", y le permite añadir que el mismo Reyes podría vestirse de "traficante oceánico", a cuenta del abuelo oriental. O el relato de los viajes que el abuelo Domingo Reyes hacía entre La Barca y Guadalajara, de donde venía cargado de curiosos regalos, y

traía los dulces y las frutas en unos bacinés nuevos de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

O cuando deja caer una preciosa cita:

Al corazón le importa acordarse, aun cuando sea con errores de aproximación, como en Lupercio Leonardo de Argensola,

la sombra sola del olvido teme.

O cuando, al recordar a una tía abuela, maestra a la que afligían los disparates del habla de la gente, la compara con "San Vicente [quien] tomaba a su cargo los dolores de la parturienta".

O cuando ilustra pasajes de sus escritos con alusiones históricas, tan naturales como si fuesen refranes, pero que son el fruto de su memoria privilegiada y de su sentido de la oportunidad:

los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello, Eolo había desatado sus pellejos.

O bien: “los caballos, como los gansos del Capitolio, dan la alarma”.

La extensa rememoración del abuelo coronel Domingo Reyes (cap. 2), tramada en la historia de las luchas civiles de mediados del siglo XIX, es convincente de la sobria valentía militar del abuelo, aunque no consiga la fluidez habitual en la pluma del nieto Alfonso.

La evocación del padre Bernardo Reyes (cap. 3 y Apéndices), al que Reyes siente como un héroe de la Antigüedad, culminación de la *Parentalia*, lleva al principio un par de hermosas páginas sobre el olvido y la memoria y un conmovido elogio a la afición del padre por la historia y la poesía y a su vocación romántica de guerrero. Entre las páginas que relatan las correrías y hazañas militares de don Bernardo, cuando andaba en la guerrilla contra la intervención francesa, hay apuntes interesantes sobre la bravura de los indios mexicanos y acerca del miedo y el pavor durante las batallas, y es una hermosa página épica el relato de la proeza del guerrero en Villa de Unión, al que Reyes dedicó también un poema con este título. Y en esta extensa etopeya hay tanto páginas airadas, como las que narran la barbarie y las crueldades de Manuel Lozada, el Tigre de Álica —al que combatió Bernardo Reyes—, como otras de serena belleza, como el elogio del árbol.

*Parentalia* está dividida en tres secciones. La inicial, “Primeras imágenes”, se abre con dos capítulos que podrían llamarse reflexiones sobre los orígenes, y está dedicada al recuerdo de los abuelos y de la madre; la segunda, “Milicias del abuelo”, refiere la historia del coronel Domingo Reyes, abuelo paterno; y la última, “Enseña de Occidente”, relata los hechos militares y políticos del padre, que llegará a ser el general Bernardo Reyes. A pesar de su extensión sólo llega hasta antes de la gubernatura en el estado de Nuevo León. El amor y la admiración de Alfonso Reyes por la figura de su padre, que fue creciendo con el tiempo, aquí concluye con este pasaje conmovedor, que nos da el temple y el fervor que alientan estas páginas:

Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo en el trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos.

*CRÓNICA DE MONTERREY I. ALBORES: 1959*

El relato de este “Segundo libro de recuerdos”, que su autor no pudo ver impreso<sup>12</sup> se inicia con una rememoración de lo que era la vida de Monterrey en la época cercana al nacimiento de Alfonso Reyes: los barrios principales, la organización incipiente de la ciudad, los juegos y diversiones infantiles, la situación del ya general Bernardo Reyes como jefe de la zona militar, y poco después gobernador del estado de Nuevo León. Este cuadro de circunstancias enmarca el nacimiento de Alfonso, el 17 de mayo de 1889 a las nueve de la noche, contado con delicado encanto. La “Onomástica y santoral” siguiente da ocasión a Reyes para referir el origen de su nombre, el santo que es su patrono, San Ildefonso, del 2 de agosto, y el de su día de nacimiento, San Pascual Bailón, y algunas de las confusiones de la homonimia —narradas por extenso en otro lugar—, sobre todo las confusiones con el rey de España de sus años de embajador, Alfonso XIII. La descripción de las casas de la infancia, la de Bolívar y la de Degollado, está transfigurada por el recuerdo. La amplitud, el orden y la multiplicidad de sus reinos: el cuartel general y la casa doméstica, el patio y sus habitaciones, el traspatio, la huerta y los corrales; los tres grados de sus habitantes: los mayores, los niños y los criados, y los árboles y los animales, todo bajo la sombra providente del general Reyes, se convierte en un reino encantado. Todo es magia y prestigio.

El retrato de Paula Jaramillo, la primera nodriza del niño Alfonso, convertida por Reyes en Ceres de bronce, es una linda página:

De ella conservo mi afición a la piel morena y mi confianza en yo no sé qué piedad nutricia y generosa hasta ignorar el pecado, que me parece manar de los senos mismos de la vida. De ella, un sabor de paganismo trigueño muy lejano a las jactancias olímpicas y que

<sup>12</sup> Editado por Manuela Mota de Reyes, *El Cerro de la Silla*, México, 1960.

acaso vienen desde la Grecia más arcaica y terrena, hecho de virtud placentera y seria a la vez, penetrante, consoladora.

Los recuerdos de los hermanos —Alfonso fue el noveno de los doce hijos de su madre—, los que se fueron niños y los que sobrevivieron, están llenos de chispa. De León, medio hermano mayor, cuenta que tenía “una fuerza prodigiosa” y muchas novias, y que un día:

Encontró a una “pelando la pava” con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro. . . Abrió un poco los barrotes, le metió al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando gritos.

Entre los retratos de los personajes de la casa paterna hay algunos muy vivaces, como el del cocinero francés, Luis; lo mismo que ciertas escenas, como “Bautizo en invierno”, que cuenta la impresión de una rara nevada en Monterrey, mientras en la casa se celebraba un bautizo. Merecen destacarse también las páginas en que describe “El equilibrio efímero”, los sustentos morales que, para el niño, eran los apoyos de aquel universo: la fortaleza y el sistema de entusiasmos que armaban la mente de su padre, “mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico”: la devoción por México, y don Porfirio, como el centro y el apoyo del bienestar de aquel mundo del antiguo régimen.

Los retratos de servidores, mozos, caballerangos y gente de variados oficios, de aquellos días de infancia, son páginas amenas por la penetración psicológica y el ágil dibujo de aquellos personajes singulares del Norte, especialmente del hazañoso Ceferino García.

Otro de los servidores aquí retratados es Indalecio, el del relato “Donde Indalecio aparece y desaparece”, de 1932<sup>13</sup>.

“El salto mortal” relata una función de circo, con su público elegante y popular, el cual, al anunciarse el “salto mortal” que haría una niña cirquerita, se opone a que corra peligro y el número se suspende. La descripción de las indumentarias y el cortejo ceremonioso que forma cada familia de respeto, y el brillo multicolor del circo están muy bien logrados.

Lo del salto suspendido ocurrió, precisa Reyes, en un pequeño circo tejano. El circo legendario de la época fue el Circo Orrin,

<sup>13</sup> Véase *Quince presencias*, en *AROC*, t. 23.

al cual dedica el siguiente capítulo, para recordar la gracia del payaso Ricardo Bell, sus múltiples esplendores y las grandes pantomimas, sobre todo "La Acuática", que concluían las funciones. Además de los libros sobre el tema, de Manuel Mañón y de Armando de María y Campos, que menciona Reyes, puede verse el hermoso libro sobre Ricardo Bell que escribió su hija Sylvia Bell de Aguilar<sup>14</sup>.

#### PÁGINAS ADICIONALES

Al final del volumen se reúnen algunos fragmentos inéditos de Reyes acerca de sus años estudiantiles, en Monterrey y en la ciudad de México, a los que puso el título de *Toga pretexta*; y un curioso apunte sobre una *Teoría del sable*, que puede asociarse a las aficiones del general Bernardo Reyes.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

<sup>14</sup> SYLVIA BELL DE AGUILAR, *Bell*, México, 1984.